



## LOS VOLCANES HAN SIDO PARA NICARAGUA BENDICION Y FLAGELO A LA VEZ

**JOAQUIN ZAVALA URTECHO**

El 23 de Enero de 1835 un ruido atronador despierta a todo el Caribe y la América Central. Es la una y media de la madrugada. Hasta la salida del sol se han venido sucediendo descargas, detonaciones y estampidos tremendos. ¿Qué pasa? En Belice alguien corre la especie de que en las inmediaciones al puerto libran combate dos escuadras y el Superintendente reconcentra sus tropas y se apresta a la defensa. En la ciudad mexicana de Comitán de San Cristóbal y en otros pueblos del Estado de Chiapas suenan al aire los clarines y se emplaza la artillería contra la propia masa popular, a la que se cree amotinada. Las gentes de Tehuantepec buscan las costas inmediatas en su Estado de Oaxaca, porque atribuyen los cañonazos a señales desesperadas de embarcaciones que naufragan. Es una de las más grandes conmociones de la historia

En la costa atlántica de Honduras, el Comandante del puerto de Omoa informa al Jefe del Gobierno como se botó de la cama "sorprendido —dice— al escuchar un fuerte tiro de a 24, a mi ver despedido de la fortaleza Admirado al oírlo y sin poder concebir como le dieron sin orden mía hice llamar al Mayor y al Ayudante; más antes que llegasen a mi presencia estos ofi-

ciales ya había oído nueve tiros más de cañones pequeños y otro de a 24 que no habían salido del Castillo, como me lo había figurado primero, sino exactamente detrás de La Mata. El pueblo estaba todo conmovido. Siguieron los tiros de cañones pequeños, mezclados con los grandes y alternados, de tiempo en tiempo, con tiros de obuses y granada".

Además el cielo se había puesto completamente obscuro en una área de 3,900 kilómetros cuadrados. Una inexplicable lluvia de cenizas caía por la primera vez hasta en Veracruz, Jamaica, Haití, Venezuela y Colombia... La cumbre del volcán Cosigüina, en Nicaragua, había sido arrojada literalmente al espacio! ¡Unos cincuenta kilómetros cúbicos de material explosivo!

Más cerca del volcán, la obscuridad y la confusión eran mayores. Durante las primeras 43 horas era tanta la tiniebla a 72 kilómetros de distancia que en el puerto salvadoreño de La Unión las gentes encendían velas y ni aun así lograban reconocerse de tan empolvados que llevaban el rostro y la cabeza. El Parte Oficial de la Comandancia dice que "el bramido de los animales en los corrales y campos; el vuelo fatigoso de las aves, como si buscaran sitio tranquilo; el terror de las gentes;

el llanto de los niños, todo llevaba la congoja a los espíritus. El terror subía de punto al sentirse los estremecimientos de la tierra... y al saberse que hasta las fieras salían de los bosques, buscando los caminos y entrando en las poblaciones cercanas". Para orientarse y saber de donde proviene la hecatombe se destacan comisiones en lanchas, pero solo averiguan que un mar, también enfurecido, se las traga. Se resuelve evacuar la ciudad y en una lúgubre procesión de antorchas de ocote que no alcanzan a alumbrar más de dos metros, la población en masa se dirige a San Miguel. Unos a pie, otros montados, seguidos por el ganado, por los animales domésticos y hasta por las fieras salvajes y por los pájaros que se posan sobre la caravana.

Los moradores de la Isla del Tigre, sin embargo, todavía mas cerca del volcán, prefieren las canoas, temerosos de que la tierra se hunda. Aunque sea a ciegas buscarán la costa hondureña de Nacaome. "A las siete de la mañana, favorecidos de unos pocos minutos de una escasa luz que el Cielo nos concedió —informa a sus superiores Simón Rivas— se alistó lo necesario

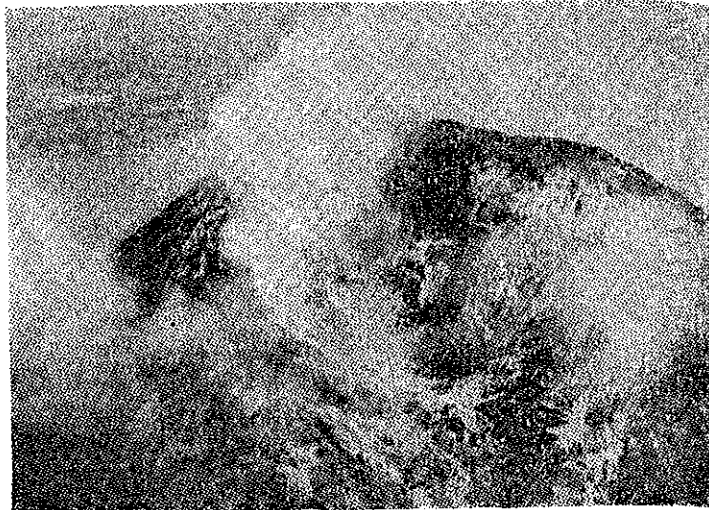


En 1902 el Evening Star de Washington publicó caricaturas burlas de los argumentos de los simpatizadores del Canal por Nicaragua, basándose en el peligro de los terremotos.

para la marcha". Es toda una Odisea. En un bote grande van las mujeres, los niños y unos pocos intereses. Lo convoyan siete u ocho canoas de pescadores, donde van los hombres con faroles. Hay que atravesar el canal que separa esta isla de la del Zacate para que sus costas sirvan de guía hasta tomar las de Nacaome. Y se emprende la travesía. A las cuatro de la tarde el viento y la borrasca los han hecho desembarcar en un islote providencial. Hacen luz pero solo para descubrir que no están más que a unos 400 metros del punto de partida y, lo que es peor aún, más enfrente del volcán. Esta vez resuelven que por lo pronto sea una sola de las canoas la que trate de hacer el cruce, de manera que, al llegar a la otra orilla, sus ocupantes prendan luminarias para orientar a las demás canoas. Pero no se ha alejado 200 metros cuando los tripulantes gritan que ya no ven la luz. Se les ordena regresar y "entonces dispusimos no hacer más tentativas hasta ver o perecer". Rendidos por la fatiga y abrumados por la sed tuvieron que recogerse todos en el estrecho espacio donde la lluvia de tierra azotó hasta

el amanecer del 24, cuando asomaron la luna y las estrellas.

La lluvia de cenizas no cesó, sin embargo, sino hasta el día 27, en tanta que el humo y el fuego continuaron hasta el 15 del mes siguiente. Al menos ya



El humeante cráter del Momotombo detuvo a los sacerdotes de la época colonial en su intento de consagrarlo.

se podía ver y respirar, después de que una sofocante polvareda lo había hecho casi imposible. Ante la vista aparecía ahora la extensa costa cubierta de arenas volcánicas, de cantidades de pájaros muertos, ratones, murciélagos y toda clase de reptiles. Islas como formadas por encanto, lechos, donde los ríos habían desaparecido por completo y un océano donde en 250 kilómetros a la redonda no dejaba ver agua y se navegaba —cuenta el capitán de un barco— en un mar de pomas flotantes. Las partículas finísimas arrojadas al espacio, hasta las capas superiores de la atmósfera, producían esta vez un último fenómeno: el de las más bellas y encendidas alboradas y crepúsculos que se observaron hasta en otros continentes. La erupción del Cosigüina no había sido el Día del Juicio, sin embargo.

Si se prolongan las líneas laterales del cono truncado 870 metros que hoy queda, se puede restaurar la forma original de la montaña, cuando medía 3,000 metros de altura. Las terribles explosiones probablemente se debieron al escape de vapor de la lava líquida que se formó en el interior. La presión conjunta del vapor y la lava hizo explotar la roca en fragmentos.

Se podría decir que el sistema nervioso del nicaragüense y el sistema volcánico de Nicaragua tienen una raíz común en las profundas y desajustadas entrañas del istmo que bordea la cuenca del Pacífico. Las huellas petrificadas que excavó cerca de Managua la Institución Carnegie de Washington ¿no serán las de esa gente que se abrió paso al interior entre el lodo volcánico y bajo un diluvio de cenizas, hace varios miles de años? ¿No habrán sido de cuando los volcanes robaban al océano la gran ensenada que hoy, con insulas y penínsulas, forma los lagos de Nicaragua, o cuando en turno tragaba volcanes el Pacífico, como aquellos que existieron al oeste de Brito, al sur de la faja por donde se tiene proyectada la salida de un nuevo canal interoceánico?

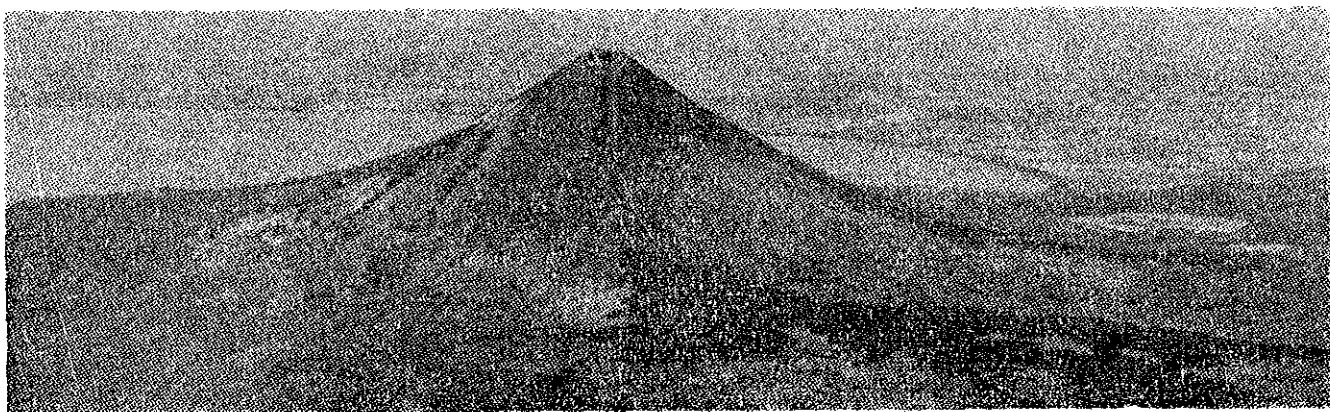
Hombre y volcán se duermen, sin embargo, aun después de las erupciones más explosivas que registran los anales de la vulcanología. Se olvidan y si se graban en la historia sólo sirven de pábulo a leyendas fantásticas a las que, fuera de los geólogos, no prestan atención más que los niños y los viejos. Así vemos que, como los coleópteros alrededor de la llama, junto a la concentración de los volcanes está la de las poblaciones. Se construyen ciudades con las piedras que las destruyen, para estar cerca de los campos que las materias volcánicas fertilizan. La escena se repite en toda Centroamérica. La capital reducida a escombros resurge de sus cenizas como el Ave Fénix, o vuela por los aires solo para posarse luego sobre otra costa del volcán.

En realidad, el sistema volcánico de Nicaragua no es más que una de las cinco hileras en que se divide el de Centroamérica, las cuales están escalonadas y continúan casi paralelas hasta la América del Sur. Este fenómeno ocurre casi siempre donde se estrangula o adelgaza un continente.

La cadena de Nicaragua principia con el Cosigüina, en un extremo de la herradura del Golfo de Fonseca, pocos kilómetros de la hilera costarricense. Un tanto retirado de la Línea de formación de los demás volcanes, el viejo Cosigüina parece un sargentón mal encarado que, después de mil batallas seculares, hace el recuento de la tropa que le queda: el Chonco, Viejo, Chichigalpa, Telica, Santa Clara, Roña, Pilas, Negro, Aso-sosca; luego están el Momotombo, Chiltepe, Motastepe,



Falda de un extinto volcán. El misterioso agujero de forma regular fue causado quizá por erupción o por hundimiento.



El bello cono del viejo Momotombo se proyecta sobre la superficie del Lago de Managua.

Tiscapa, Catarina, Santiago, Mombacho; y, más lejos, el Concepción, Zapatera, Madera .. y ¿los muertos, tendidos a sus pies como lagunas? En relación a su tamaño, no hay una zona más explosiva en todo el globo. Hasta sirvió de antorcha en las rutas oceánicas cuando el sextante era aún desconocido y no existían los faros del Pacífico.

Una noche el pirata Davis endereza hacia el antiguo puerto de El Realejo la quilla del Revenge y allá a lo lejos divisa "una montaña ardiente tan elevada que podía observarse a sesenta millas de distancia". Otro día es el pirata Dampier quien describe al San Cristóbal como "una montaña alta en exceso que humea todo el día y lanza fuego por la noche". Lo mismo dice Krake y cuantos aventureros operaron en los Mares del Sur con su cuartel general al pie de un vol-

cán en al isla hondureña de El Tigre, entre los volcanes Conchagua, salvadoreño, y Cosigüina, nicaragüense.

"Parece una montaña ardiente, mi Capitán. Dos montañas de fuego. Volcanes, mi Capitán", exclama el vigía en la novela de Cecil Scott Forester, *Captain Horatio Hornblower*, mientras nave y novela se internan en el Golfo de Fonseca, descubierta por Gil González Dávila. La descripción novelesca de Forester responde a la representación cartográfica: "Era un paisaje extraño el que descubría el telescopio: una serie de volcanes cortados a tajo. Dos muy altos, hacia babor; multitud de otros más pequeños hacia estribor y babor. Una bocanada de humo gris sale de pronto de uno de ellos; y se incorpora perezosamente a la nube blanca que se extiende por encima. Además de estos conos había una larga cordillera de montañas cuyos picos parecían estribaciones y la hilera misma una cadena de volcanes

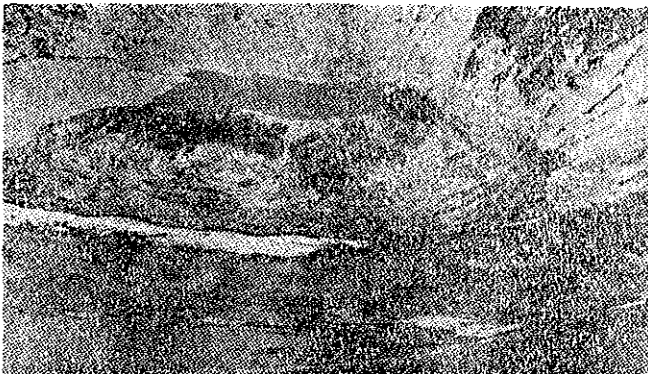
viejos, truncados, decrépidos por el correr de los siglos". Es ya la Cordillera de los Marabios. "¡Qué infierno —piensa el novelista— debió haber sido toda esa faja, cuando estuvieron en erupción tantos volcanes!"

Para los geólogos, en cambio, la consideración es diferente: ¡el infierno en que podría volver a convertirse! El geofísico y el químico, el vulcanólogo y el sísmólogo nos advierten que hay que esperar una recrudescencia en el futuro, porque la declinación actual del vulcanismo, como dice el ingeniero Pedro C. Sánchez, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, no prueba su extinción, sino solamente un período de calma.

Más que novelas históricas, la cuenca del Pacífico nos ofrece una historia novelesca. A cada una de sus protuberancias corresponde un capítulo casi interminable, una descripción narrada ayer, corregida hoy; aumentada mañana. El libro no tiene páginas que se doblen porque es una obra esférica y redonda en que, en la boca del cráter y a la luz de sus llamas, hay que leer introspectivamente, hasta los lirismos del terremoto que escribió Darío, el poeta que nació al pie de los volcanes:

*Madrugada En silencio reposa la gran villa  
donde de niño supe de cuentos y consejas..  
de pronto un terremoto mueve las casas viejas  
y la gente en los patios y calles se arrodilla*

¿Por qué será que de madrugada es cuando comienza casi siempre el capítulo de los temblores? ¿Será por lo que tienen de pesadilla, aun para los que no duermen a esas horas o porque es entonces cuando los volcanes dormidos se despiertan?



Esto es lo que queda del Volcán Cosigüina, cuya cumbre voló por los aires en la tremenda erupción de 1835

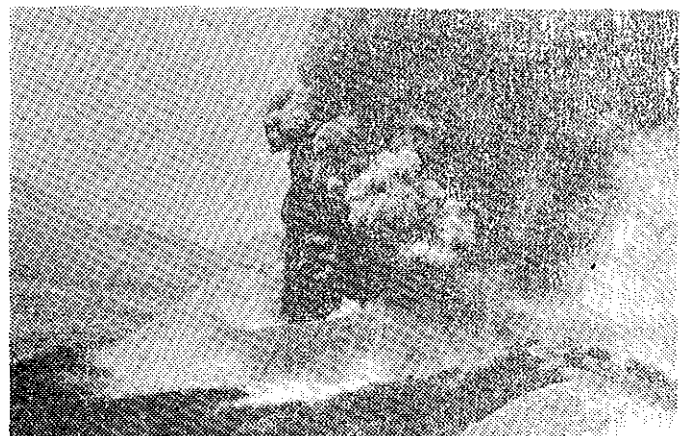
En la madrugada del 13 de abril de 1850, entre temblores, ruidos subterráneos, lavas, llamaradas y escorias incandescentes, nace el más peligroso de los volcanes actualmente activos. El mismo que, una vez más acaba de cubrir de arena las fértiles planicies del Departamento de León, hasta el Pacífico. El representante diplomático de los Estados Unidos, Squier, en persona, lo ve nacer. Se piensa en bautizarlos con el nombre de Volcán de los Americanos y que Squier sea el padrino, pero a los quince días, cuando mide cincuenta metros de altura por doscientos de diámetro, en la base, el cono se echa a dormir y se queda con el apodo de "Cerro Negro". Cuando vuelve a despertar, el 14 de noviembre de 1867, nuevamente entre temblores, ruidos

subterráneos, lavas llamaradas y escorias, es la una de la mañana, afirma Dickson.

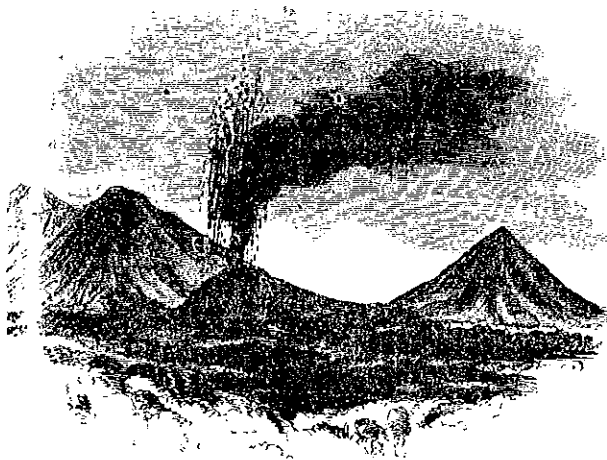
El mismo Squier fué testigo del terremoto del 27 de Octubre de 1850, del cual escribió: "Ocurrió a eso de la una de la mañana. Me desperté sobresaltado por un fuerte movimiento ondulatorio, lo suficientemente violento para mover mi cama varias pulgadas de un lado a otro del áspero piso y arrojar al suelo los libros y demás artículos que tenía sobre una mesa. Las tejas del techo fueron también sacudidas violentamente y las vigas crugieron como los maderos de un barco bien cargado durante una tormenta. La gente abandonó sus casas en la mayor alarma y comenzó a rezar en alta voz. Los animales domésticos parecían contagiados de la consternación general. Los caballos se encabritaban para libertarse del cabestro y los perros aullaban al unísono. Este movimiento ondulatorio tardó casi un minuto y aumentó gradualmente en violencia hasta convertirse de pronto en uno vibratorio rápido y horizontal que hacía difícil el mantenerse de pie. Después de treinta segundos se convirtió de improviso en otro vertical. Duró en total unos dos minutos y nada podría compararse a no ser al rápido movimiento de un gran carro de ferrocarril sobrecargado, corriendo sobre una mala vía de durmientes ondulados, irregulares y rotos".

Hubo un momento en que en Europa se llegó a creer que la maravilla más grande del Descubrimiento del Nuevo Mundo era la boca del infierno que se abría en Nicaragua. Los indios lo describían como a una vieja que se identificaba con el demonio: "Bien vieja era y arrugada —relata a los conquistadores españoles el cacique Nindirí— y las tetas le caían hasta el ombligo; el cabello poco y alzado hacia arriba; los dientes, luengos y agudos, como de perro; la color más oscura y negra que la de los indios; y los ojos, hundidos y encendidos". A la boca del cráter solían arrojarles niños, muchachos y doncellas que iban alegres a la muerte y dejaban a las orillas sus mejores alimentos para saciar los apetitos de la vieja "cuando algún terremoto o temblor de tierra, u otro recio temporal se seguía, porque pensaban que todo su bien o mal procedía de la voluntad de ella".

En la obra *Libros Rituales y Monarquía Indiana*, de Fray Juan de Torquemada, se da la relación de Fray Toribio Motolinía y trátase de "como muchos han creído ser boca del Infierno este Volcán de Masaya, y su fuego el mismo que el de los condenados, y se contradicen sus razones".



El Volcán Masaya haciendo erupción.



Croquis del propio Siqui del nuevo volcán que él vió nacer en las planicies del Departamento de León.

En su cráter oriental había un lago de lava fluida cuyo humo relumbraba por las noches. Otro más pequeño se veía al fondo de un pozo de más de doscientos metros de profundidad.

Los marineros españoles, que nunca habían visto espectáculo semejante, casi llegan a compartir las supersticiones de los indios. Aseguran tener visiones de demonios; dicen que oyen voces que les hacen burlas y escarnios, mientras les desatan las cuerdas y cabos de sus navíos, si no hacen la señal de la cruz.

Los confesores imponen como penitencia a los pecadores que vayan a asomarse al volcán. Pero, en seguida, les establecen el requisito de no mirarlo demasiado; "que no se harten los ojos humanos de verlo, porque alegra mucho la vista aquel licor que allá abajo anda hirviendo y encendido". Oviedo, el primer historiador de las Indias, lo observa y dice: "No creo que hay hombre christiano que, acordándose que hay infierno, aquello vea que no tema se arrepienta de sus culpas".

Acuden frailes de todas partes. Fray Toribio de Motolinía cree que es el infierno mismo. Fray Juan de Torquemada no está de acuerdo: "Si aquel fuego es del infierno, sería muy obscuro como huino sin luz, porque ninguna cosa debe dar los dañados alegría y según San Basilio y otros Santos aquel fuego infernal, además de no tener luz y ser muy obscuro, quema y abrasa incomparablemente más que éste nuestro; y éste que sale de estos volcanes es claro y hace lumbre: luego no es el infierno".

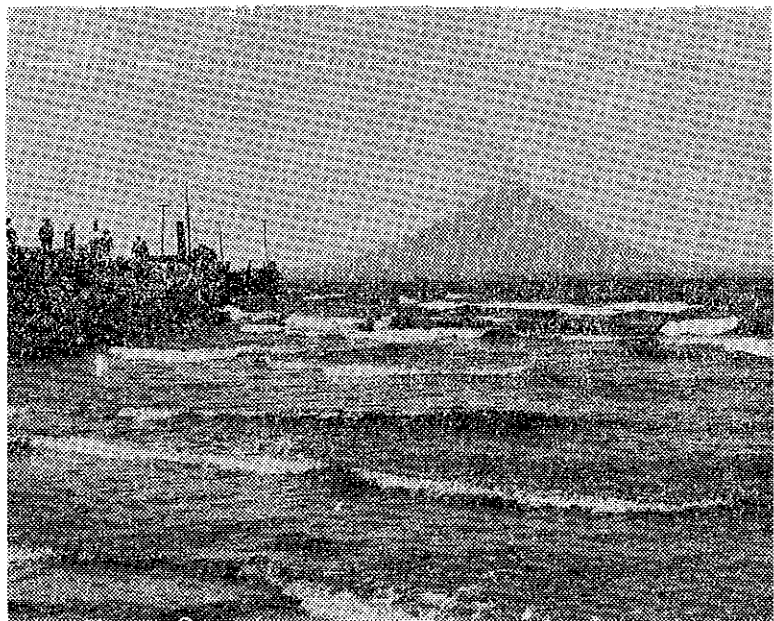
Se dice, entonces, que es oro o plata derretida la masa que hierve en el fondo. Convencido de ello, después de un año de preparativos secretos, Fray Blas del Castillo se lanza a las profundidades amarrado a una cuerda, con la cruz en una mano y un martillo en la otra, pero los cubos y las cadenas se derriten entre el líquido que se trata de extraer. Por fin se logra sacar broza y después de examinarla, el Gobernador prohíbe ulteriores descensos. "Al codicioso todo lo que ve y oye se le antoja dinero", comenta Fray Bartolomé de las Casas.

El tiempo apagó estos cráteres y abrió otros. En las tierras volcánicas vecinas comienza a darse el café de manera sorprendente, pero el Masaya, por su boca del Santiago, arroja ahora gases que están dañando los cultivos. Dos alemanes, Schoenberg y Scharfenberg,

repiten la proeza de Fray Blas, pero sin el peligro de la lava hirviendo. Han transcurrido más de cuatro siglos y estos señores bajan los doscientos metros de escalera colgante, dentro del cráter gemelo, para instalar una tubería que aspire los gases y controle su salida. El café es el oro que se pierde esta vez. Pero el 27 de Febrero de 1927 tiembla toda la zona y el volcán se traga la obra de los ingenieros y se apaga.

Desde 1943 el daño se repite y recientemente los Estados Unidos, a solicitud de los caficultores nicaragüenses, enviaron al vulcanólogo Ray E. Wilcox para que estudiara la manera de mitigar los efectos de los gases. La continua fumarola en el fondo del antiguo cráter emite anhídrido sulfuroso y anhídrido sulfúrico que se convierten en ácido sulfúrico cuando entran en contacto con la humedad del aire, y producen lluvias ácidas que agostan toda vegetación. Los cambios de dirección del viento traen, pues, la amenaza de exterminio de las "Sierras" de Managua y de Carazo, donde se produce el 60 por ciento del café de Nicaragua. Hay dos profundas cavidades a manera de respiraderos: una arroja continuamente gases en grandes cantidades y la otra absorbe el oxígeno del aire para la combustión del azufre que se realiza en el interior del volcán. El Dr. Wilcox sugirió que grandes cantidades de amoníaco podrían neutralizar parcialmente los gases ácidos. Sin embargo, el costo puede resultar prohibitivo.

Los volcanes en Nicaragua, como en todas partes, hacen bienes y males. Indiscutiblemente muchos de los temblores que se experimentan obedecen a sus actividades, pero son muy ligeros y locales, de manera que el daño que producen se debe únicamente a defecto del sistema y materiales de construcción empleados en las edificaciones. No hay que atribuir a los volcanes los temblores fuertes, los terremotos de proporciones desastrosas, porque se deben a caídas y desajustes de la corteza terrestre. A esta impresión errada de que los volcanes son las causa de los terremotos se debió, en gran parte, nada menos que la decisión del Congreso de los Estados Unidos en favor de la construcción del Canal interoceánico a través de Panamá en vez de Nicaragua.



Volcán Ometepe, el más elegante de Centroamérica

Un sello postal corriente en que Nicaragua destacaba oficialmente un bello Momotombo en erupción fué el arma que, en manos de los partidarios de la ruta panameña, vino a darles la victoria cuando se sometió el asunto a votación.

En un editorial del 17 de Mayo de 1902, el periódico norteamericano New York Sun puso en boca del volcán la siguiente amenaza: "Mis felicitaciones para el Senador Morgan. Me permito informar a ese caballero y a quienes interese el asunto, que no sólo estoy activo, sino capaz de lanzar, sin previo aviso, a través del Lago de Managua, una Marejada de suficiente magnitud y violencia para destruir cualquier canal que la ciencia de la ingeniería pueda construir en este país, y de echar a perder toda la suma de doscientos o trescientos millones de dólares que el Gobierno de los Estados Unidos sea tan cándido de invertir dentro del radio de las aguas que están sujetas a mi fuerza. Precisamente lo mismo pueden hacer, con igual facilidad y sin aviso previo, mis vecinos y aliados los volcanes de las Pilas, Nindirí (Masaya), Telica, Santa Clara, Oros, Isla Venada, Fernando, Mancarón, Zapatera, Mancarroncita Madera, Ometepe y el Infierno de Masaya. Cualquiera de ellos o todos a la vez."

Lo anterior fué inmediatamente refutado por el Presidente de Nicaragua, quien instruyó a su representante en Washington para que asegurara que desde la erupción del Cosigüina, en 1835, no había habido otra. Todos los estudios posteriores que hicieron los Estados Unidos en la zona de Nicaragua desvirtuaron, de manera científica, aquel errado concepto sobre los volcanes y se convino en que tan expuesto a terremotos estaría un canal por Nicaragua como por Panamá, donde nunca han ocurrido. El último informe del Ingeniero Dan Sultan dice lo siguiente a este respecto: "No es posible construir un canal a través del Istmo americano sin que esté expuesto a perturbaciones sísmicas, ya que la entera longitud del istmo está dentro de la región que ha venido sufriendo estos disturbios en una u otra época."

Las erupciones volcánicas, con todo y las espantosas detonaciones y tinieblas del Cosigüina, humaredas e incendios del Viejo, soterramientos del Negro, protestas del Momotombo, demonios e infiernos pasados y maleficios actuales del Masaya y de los demás volcanes han hecho, a pesar de todo, más bien que mal. Durante siglos han dado al mar y a la atmósfera el agua y el anhídrido de carbono de que viven las plantas y, por consiguiente, los animales. A ellas se debe la maravilla del escenario geográfico del país, con la formación de sus bellos e inmensos lagos de agua dulce y, sobre todo el abono de sus fértiles suelos que, desde el Cosigüina hasta el Momotombo, constituyen el llamado "Granero de Centroamérica", y de allí en adelante hasta el Santiago, las "Sierras" de Managua y Masaya, enormes masas de 400 metros de espesor, formadas de tobas y corrientes gigantescas de lodo, donde se produce todavía la mayor parte del café —diez millones de dólares anuales— que exporta Nicaragua. De los volcanes de Nicaragua se puede decir, por consiguiente, que "No hay mal que por bien no venga".

El estudio y la observación científica de los volcanes es de muy reciente origen y las perspectivas que para ello ofrece la región de Nicaragua y la de toda la América Central son excepcionales. El Laboratorio de Geofísica de Washington ha venido emprendiendo

estudios previos para instalar allá laboratorios con el objeto de establecer las causas del vulcanismo. El Dr. E. G. Ziles, químico de la referida institución, después de visitar Centroamérica en varias ocasiones, la considera como una región "compacta" con excepcionales ventajas para campo de investigaciones.

Los volcanes de Nicaragua, a pesar de haber sido descritos y escalados por las mayores autoridades en la materia, mas bien han sido un Parnaso de poetas en donde llegan a la cima de sus inspiraciones. Entre todos ellos se destaca el Momotombo, a orillas del Lago de Managua, como el volcán símbolo por excelencia.

Víctor Hugo, impresionado por la leyenda que relata Squier de los antiguos Padres que nunca regresaron de sus cumbres cuando subieron a llevarles el sacramento del bautismo, a la usanza de la época, canta al Momotombo, en la Leyenda de los Siglos:

O vieux Momotombo, colosse chauve et nu,  
que songes pres des mers, et fais de ton cratere  
una tiere d'ombre et de flamme a la terre  
Pourquoi lorsqu' á ton seuil terrible nous frappons  
Neveux-yu pas du Dieu qu' on t'apporte? Reponds

Oh viejo Momotombo, calvo y desnudo coloso,  
que señas junto al mar y sacas de tu cráter  
una tierra de sombra y fuego para la tierra,  
¿Por qué cuando llegamos al terrible dintel de  
(tu puerta)  
Rechazas hasta al Dios que te llevamos? Responde

Y Rubén Darío al partir de Nicaragua por la primera vez, cuenta que "retumbaba el enorme volcán huggesco, llovía cenizas. Se oscureció el sol, de modo que a las dos de la tarde se andaba por las calles con linterna. Las gentes rezaban, había un temor y una impresión mediovales. Así me fuí al puerto como entre una bruma. Tomé el vapor... a lo lejos quedaban las costas de mi tierra. Se veía sobre el país una nube negra. Me entró una gran tristeza". No lo olvidará nunca. Años después lo recuerda:

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda  
que Squier le enseñó...  
¡Momotombo! —exclamé— ¡oh nombre de epopeya!  
con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
ritmo escuchó que es de eternidad.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo  
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,  
obedeciendo a un íntimo reclamo  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez..

Pero, por derecho de conquista, a quien deberían pertenecer los volcanes nicaragüenses es a un viejo español octogenario que todavía anda por sus picos con el placer y la energía de un joven: Dionisio Martínez Sanz, autor de un libro que acaba de aparecer con el título de Ríos de Oro, Torrentes de Lava. El es el "observatorio" que tienen en Nicaragua todos los volcanólogos del mundo. El es el nuevo Fray Blas, sin hábito, y quizás con la única ambición secreta de que al morir en una de sus peligrosas excursiones lo entierren los volcanes.